



1

Le habían robado la cordura.

La leve luz del amanecer, que teñía la oscuridad de un pálido color grisáceo, iluminaba la puerta. Isaiah Jones tocó un trozo de lana azul oscuro que había quedado prendido en la destrozada madera del marco, un diminuto fragmento olvidado por la violencia que había invadido la paz que él necesitaba y manchado el refugio que ella había creado. Que ella amaba.

Arrancó la tela de la astilla y la deslizó con suavidad entre sus dedos, consciente de la necesidad que sentía. Estaba fría, no conservaba la calidez del cuerpo de la joven, no guardaba ese sutil aroma que sólo ella poseía. El secuestro no era reciente.

Introdujo el trozo de lana en el bolsillo y arrancó la puerta que colgaba de sus goznes. No entró más allá de la cocina. Aquél era un espacio femenino, el mundo de ella, y él no tenía cabida allí. Además, no necesitaba entrar en esa habitación para saber cuándo se la habían llevado. La taza de té blanca y rosa contaba todo lo ocurrido. Ella era una mujer de costumbres que vivía de manera metódica. No importaba lo que el caos hiciera a su alrededor, ella lo manejaba todo con una eficiente competencia, manteniendo el equilibrio mediante los rituales que tanto apreciaba y que compartía con todos los que se relacionaba. Nunca veía más allá de la necesidad de las personas y las ayudaba en todo lo que podía. Era uno de sus hábitos más tontos y una de las razones por las que él se veía inclinado a protegerla. Por eso y porque se lo debía.

Uno de sus rituales nocturnos —uno que él aprobaba— era





sentarse cada noche, a las nueve, ante la mesa de la cocina con un libro y una taza de té. Leía durante media hora, luego lavaba la taza y la ponía a secar en un paño sobre la encimera antes de irse a la cama. Isaiah lo sabía porque, cada vez que bajaba al pueblo, no podía evitar pasar por su casa y rondarla con su fantasmal existencia. Pero esta noche, esta única noche en la que ella le había necesitado, él no había acudido.

La sensación de culpa le forzó a entrar en la habitación y acercarse a la mesa donde todavía estaba la taza. El dulce aroma a té lo rodeó, anulando por completo otros olores y derribando las barreras que contenían a la bestia.

Un paso, dos. Todavía dio otro más antes de que las paredes se cernieran sobre él. Maldita sea, odiaba los espacios cerrados. Parpadeó cuando la realidad vaciló y el empapelado azul con rosas se confundió con recuerdos de paredes húmedas llenas de suciedad y plagadas de cucarachas. Respiró hondo y se adelantó, perdido entre el pasado y el presente, con las flores y los bichos brillando tenuemente unos sobre otros. Se detuvo al lado de la mesa, se sobrepuso a la confusión, y estiró la mano para tocar la taza. La taza de ella.

La habitación recuperó su estado. Rozó el borde del recipiente, notando la delicada fragilidad de la porcelana china en la áspera punta del dedo. Al lado, había un suave y brillante trozo de ámbar. Su amuleto. Le resultó difícil tocar aquella pequeña piedra plana, cargada con los restos de la energía y el olor de la joven. La conexión con ella era demasiado fuerte.

Deslizó el dedo por la resbaladiza superficie. Se la imaginó como la había visto tantas veces, con la cabeza inclinada sobre un libro y la piedra en la delgada mano, jugando con ella entre los dedos con un cadencioso y suave movimiento, mientras la luz de la lámpara le iluminaba el pelo haciendo que sus rubios mechones brillaran como rayos de sol. Cogió el trozo de ámbar y se lo guardó en el bolsillo. Ella necesitaría su amuleto.

Se dio la vuelta y empezó a dirigirse hacia la salida, pero se detuvo. Miró más allá de la puerta, al anonimato de la noche que





le reclamaba. A su espalda, la taza representaba un ritual incompleto. El trozo de ámbar le pesaba en el bolsillo. Los rituales tenían su importancia, ayudaban a conservar la cordura, y él lo sabía más que nadie. Vaciló un momento más antes de regresar a la mesa. La sensación de conexión aumentó cuando cogió la delicada porcelana. La taza estaba llena de té. Isaiah emitió un gruñido. Ni siquiera le habían dejado terminarlo.

Lavó la taza y el plato y los puso a escurrir sobre un paño, completando así el ritual. Se detuvo un instante y pasó los dedos sobre el fino lienzo de encaje. Incluso las cosas más pequeñas que ella poseía eran delicadas y selectas, femeninamente vulnerables, aunque las intentara ocultar porque las consideraba una debilidad. Los dedos morenos contrastaban de manera sombría con la fragilidad de la costura; la red de cicatrices del dorso de la mano en contraposición a la belleza. Le intranquilizaba y eso no era bueno esta noche.

El sonido del viento atronó en sus oídos, pero al otro lado de la ventana, las ramas del sauce no se movían. El olor de la sangre era tan empalagoso como el aroma de los dulces. Parpadeó lentamente.

«No es real. No lo es.»

Que fuera real o no, carecía de importancia. Sintió el helado látigo de la lluvia contra las mejillas como si fuera ayer. Sintió el dolor como si las cicatrices fueran heridas abiertas que jamás hubieran curado y todavía sangraran, hasta que sólo vio rojo. Parpadeó otra vez y apartó la mano bruscamente. El paño se deslizó por la encimera, pero era blanco; no tenía manchas de sangre. Sólo era otro truco de su mente intentando quebrarle por dentro, aunque él había ideado muchos rituales a lo largo de los tres últimos años para protegerse de un mundo interior que se desgajaba lentamente, capa a capa. Enderezó el paño, pero dentro de él la destrucción continuaba, la bestia aullaba reclamando ser liberada. Y esta vez, no luchó contra ella.

Él habría permanecido invisible para siempre, confundándose con las sombras, resistiéndose a la cacofonía de su vida si





nada la hubiera amenazado. Pero algo lo había hecho. Se habían introducido en su santuario privado y atacado lo único que le importaba. La única bondad que él conocía. Se giró y se confundió suavemente con las sombras de la habitación, atravesando el umbral, pero ya no como humano. Era algo muy distinto del aburrido espectro que había intentado ser.

Se vio envuelto por el frío aire matutino. El suave cuero del mango del cuchillo en su palma era como un viejo amigo. Isaiah no había pedido esto. La elección había sido de ellos, de los que de una manera tonta y arrogante habían ignorado las leyes que mantenían el equilibrio de la naturaleza y contenían la maldad. Los que le habían liberado a él.

Se arrodilló al pie de los escalones, vislumbrando con su visión nocturna las huellas que allí había. Las que contaban los hechos. Tres hombres; todos con botas. Había una justo al lado de la de ella, que se había resistido. Era lo que decían las marcas. Las siguió hasta el estrecho callejón trasero. Tocó las manchas oscuras que había en la tierra.

Sangre. Se llevó los dedos a la nariz; era de ella. La bestia se rebeló y desnudó los colmillos. Surgió el hambre en su interior. Inhumana, peligrosa. El final de la lucha no había resultado indoloro. Tuvo un precio.

Escudriñó el callejón. No había ningún cuerpo; probablemente habrían logrado llegar a los caballos sin problema. Lo que quería decir que era posible que ella siguiera viva. Gruñó mientras dejaba caer la tierra entre los dedos, adueñándose de su esencia como si pudiera mantenerla con vida a base de pura fuerza de voluntad. Ella tenía que estar viva y él la encontraría. Fuera donde fuera que la hubieran llevado, sin importar cómo hubieran intentado cubrir sus huellas, la hallaría. Y la llevaría a casa.

La mancha de sangre, que crecía y se extendía por el suelo hasta que fue absorbida por la tierra, atrajo la mirada de Isaiah. Los ríos podían llegar a ser rojos porque el terreno no siempre estaba lo suficientemente sediento para absorber las pruebas de la violencia de los hombres y, cuando eso ocurría, no había ma-





nera de detener la carnicería. Respiró hondo un par de veces, luchando contra el deseo de dejarse llevar por aquel espejismo creciente, de aceptar la mancha que era parte de él, reconociendo que no había manera de reconstruir un pasado que le había sido robado mucho tiempo atrás.

La cólera surgió y alimentó el vacío en el que había vivido desde que podía recordar, antes de que le despojaran de lo poco que poseía. Rechinó los dientes y ganó la batalla contra sí mismo. Al final del callejón, entre las ásperas fachadas de madera de los edificios, el horizonte se teñía con la primera luz de la mañana. Un nuevo amanecer. Una noche más a la que sobrevivía sin sucumbir.

Isaiah apoyó el antebrazo en la rodilla y formó una imagen mental del paisaje que se extendía más allá del pueblo. Los hombres que habían secuestrado a Adelaide pensarían que la ventaja que llevaban sería suficiente para conseguir su objetivo, así que habrían tomado la ruta sudoeste. Pero si él atravesaba el cañón Ambush, podría recortarles mucho tiempo. Suponiendo que se hubieran dirigido al sudoeste.

Se puso en pie. Aquella era una suposición bastante acertada. Por lo que él sabía, los hombres secuestraban a una mujer sólo por tres razones: dinero, lujuria o venganza. En esa ocasión parecía que fuera por las tres, sobre todo al tratarse de una mujer hermosa, fácil de vender, de buena familia y con entregados protectores.

Sólo alguien muy enfadado se arriesgaría a enfrentarse a los Cameron. Salvo él mismo, no había una fuerza más implacable o mortífera que ellos en todo el territorio. El que los secuestradores hubieran atentado contra un miembro de un clan tan unido hablaba de razones muy personales. Estaba seguro de poder rescatar a Adelaide, y no pensaba dejar cabos sueltos que pudieran volverse contra él, ni testigos.

Los secuestradores cabalgarían en medio de la noche hasta que se sintieran lo suficientemente seguros como para detenerse. Y cuando lo hicieran, entrarían en juego la lujuria y la venganza.





Apretó los labios en una línea sombría. Pensar en lo que aquello significaría para Adelaide hizo crecer su determinación. No la tocarían.

Si él la tocaba otra vez, Adelaide le daría una patada en la entrepierna y al diablo las consecuencias. Se apartó el pelo de los ojos, que volvió al mismo lugar de inmediato, impidiéndole la visión.

Un momento de pánico interrumpió el ritmo constante de su respiración. El jefe la miró desde donde estaba, arrodillado junto al fuego, elevando el bigote al sonreír. Ella se frotó las manos, utilizando el dolor que le provocaban los cortes en las palmas para contener las emociones que intentaban dominarla. ¡Oh, Dios!, quería gritar, aullar, tirarse al suelo y patear llena de furia; hacer cualquier cosa salvo quedarse allí quieta disimulando que no estaba aterrorizada. Pero ceder a esas emociones no le serviría para obtener la libertad, necesitaba conservar la serenidad para salir de ese problema. Un problema que se agravó cuando, tras vadear el río, otros diez hombres se unieron a los tres secuestradores.

El jefe se puso en pie y se acercó a ella, con las espuelas tintineando cruelmente a cada paso.

—Es usted una mujer orgullosa —le dijo todavía sonriendo mientras le tendía la mano.

Ella apartó la cabeza. Él observó el desafío durante un instante, con la mano tendida a la altura de la mejilla de la joven y los dedos curvados en una muda amenaza. A Adelaide le palpitó el corte en el labio que le había hecho al golpearle. El miedo creció, pero no se acobardaría. La mujer no parpadeó ni apartó la mirada, clavando los ojos en él con toda la inexpresividad que pudo reunir, intentando permanecer tranquila para memorizar todos los detalles de aquella cara.

Sus primos querían saber qué aspecto tenía ese villano para poder seguirle la pista y matarle. Cuando le pidieran una descripción, le gustaría tener algo más que decirles que «estaba muy sucio y apestaba a caballo y sudor».





—He sido educada para ser una dama, da igual cómo me provoquen.

El hombre aparentaba unos treinta años, tenía el pelo negro y fino y la piel morena. Por la suciedad que le cubría la piel era evidente que no creía en la máxima «la limpieza lo es todo». Le faltaba el colmillo derecho y uno de los dientes de abajo. Tenía la cara ancha, tanto que sus ojos parecían demasiado pequeños sobre la nariz aplastada. Lucía un espeso bigote que le ocultaba los labios, aunque mostraba los restos de todo lo que había comido en los últimos días. Ella se estremeció cuando todo lo demás se desvaneció ante ese hecho tan irrelevante. «Repugnante» era todo lo que se le ocurría para describirle. A sus primos no les valdría de mucho.

—Se da demasiados aires para ser una prisionera —le hizo saber el hombre. Su acento dulcificaba la amenaza inherente en la observación.

Ella esperó un instante antes de responder. Un momento en el que se recuperó del hedor que él despedía.

—Prefiero pensar que me estoy mostrando serena dada la situación.

Él arqueó las cejas hasta que quedaron ocultas por el despeinado cabello.

—¿Serena?

—Sí, serena. Prefiero mantener la corrección y no ceder a la histeria por tan poca cosa.

Como era ser secuestrada por el rey de la porquería y su corte de sucios sirvientes.

El jefe se frotó la barbilla con la mano. Ella no pudo contener un estremecimiento y él no se molestó en ocultar la diversión.

—Creo que al final se dará cuenta de que no somos «tan poca cosa».

Ella se negó a pensar en que fueran nada más. Si lo hacía, perdería la esperanza.

—Estoy segura de ello —dijo cuando él le rozó la mejilla con el pulgar.





—Pero, ¿seguirá manteniéndose serena? —Él meneó la cabeza.

Uno de los recién llegados, alto, espigado y vestido de negro de las botas al sombrero que le cubría la cabeza, el más limpio de todos, levantó la vista desde donde estaba sentado, apoyado en las alforjas. Tenía una expresión ausente bajo el ala del sombrero, pero ella sabía que no perdía palabra. Y que no aprobaba algo, aunque no sabía si era a ella o la situación.

—Absolutamente.

—¿Por qué? —El jefe arrastró las palabras.

Ella señaló la doble canana de municiones que colgaba de sus hombros.

—¿Por qué es un forajido?

El bigote osciló bruscamente, aunque ella no supo si fue porque él esbozó una sonrisa o una mueca de disgusto.

—Es lo que soy.

Ella se estremeció y se encogió todavía más bajo la manta que le habían puesto sobre los hombros. Olía fatal, pero era infinitamente preferible a congelarse.

—Bueno, pues yo soy serena.

Él le deslizó los dedos por la barbilla, hacia la boca.

—Me pregunto si seguirá tan serena si la beso. —Arrastró el pulgar sobre los labios de Adelaide—. Creo que gritará.

Ella negó con la cabeza.

—No, de eso nada.

Otra vez, observó que se movía el bigote. Él volvió a menear la cabeza mientras la miraba fijamente. ¿Quién iba a pensar que los forajidos fueran tan arrogantes?

—¿Está segura?

—Sí.

Él se acercó más.

Ella le detuvo con una palabra que contenía la más absoluta de las verdades.

—Vomitare.

Ya estaba a punto de hacerlo con aquella sucia mano tan cerca de su boca.





—Si vomita la mataré.

Ella quiso poner los ojos en blanco. Lo más probable es que fuera a hacerlo de todas maneras, pero respiró hondo por la nariz, conteniendo las arcadas cuando se vio envuelta en aquel olor nauseabundo.

—Las náuseas no pueden contenerse, ocurren sin más. Por mucho que me amenace, no podré contenerlas.

El hombre del sombrero negro hizo un sonido. ¿Se estaba riendo?

El bandido sacó un enorme cuchillo y se lo acercó a la cara. La hoja estaba diez veces más limpia que su mano.

—¿Qué dice ahora?

—Me alivia comprobar que al menos mantiene limpia su arma.

Él parpadeó. Ella no pudo culparle. No había sido su intención decir eso en voz alta, pero estaba demasiado nerviosa para pensar correctamente. El cuchillo reflejó la luz del sol, que incidió sobre la cara de la joven.

—¿Qué más da que el cuchillo que la mate esté sucio?

A ella sí le importaría.

—Eso es hablar racionalmente.

El bandido entrecerró los ojos.

—Todavía no sé si usted es muy valiente o muy tonta.

Bueno, valiente no era.

—¿Importa?

Adelaide vio que el bigote se movía otra vez y que los ojos se le arrugaban en las esquinas. Aquel aire de cordialidad era desconcertante... y falso, porque sólo se reflejaba en la expresión del hombre. Él apartó la mano de su cara.

—No. Su valor es otro. ¿Cómo se llama?

—Adelaide. ¿Y usted?

El bigote volvió a moverse.

—Puede llamarme José.

No «mi nombre es...», sino «puede llamarme...», lo que quería decir que no tendría más información para sus primos cuando





acudieran a rescatarla. No les iba a gustar nada. Tenía que esforzarse un poco más o le echarían una buena bronca.

—Gracias.

Con la punta del cuchillo, José tocó la cima del pecho derecho de Adelaide por encima del vestido, midiendo su reacción antes de deslizarlo hasta el estómago, donde lo mantuvo sobre el ombligo durante mucho tiempo. Cuando ella no cedió ni un milímetro, lo deslizó más abajo y lo introdujo en los pliegues de la falda, entre sus piernas.

Ella se olvidó de memorizar los detalles y se centró en controlar su reacción. No había esperado aquella debilidad en sí misma. Se había pasado toda la tarde barajando mentalmente las posibilidades de lo que podría ocurrir y, sin duda, ser violada era la que encabezaba la lista. Había pensado que estaba preparada para tal eventualidad. Por lógica, no sería agradable, pero estaba segura de poder sobrevivir. El sentido común le decía que nadie se moría por eso. De otra manera, las damas del *White Dove Saloon* habrían desaparecido tan rápido que la señorita Niña no las podría reemplazar.

—¿No tenía tanta prisa?

—Ahora, *sí*.¹

José presionó el cuchillo hasta que se le clavó en la piel. Un poco más y atravesaría la tela, le cortaría. Ella respiró lentamente, ocultando el pánico que sentía en su interior.

«Ahora.»

El miedo que la inundó no era lógico en absoluto. Sabía que lo único que tenía que hacer era sobrevivir hasta que llegara ayuda, pero aún así, realizar el acto carnal con aquel hombre tan sucio, sentir su mirada sobre ella, la hacía estremecerse de una manera que era más que nada primitiva. José se rió, una risa burlesca y ofensiva, y enfundó el cuchillo. No se apartó, siguió casi rozándola, amenazándola tan eficazmente como si no hubiera guardado el arma.

¹ En castellano en el original. (N. de la t.)





—Pero esperaré a la noche.

No le quedaba más opción que idear un plan antes de que llegara la noche. De ninguna manera pensaba acostarse con un hombre que no entendía el concepto de higiene. Era una declaración firme, racional, lógica y determinada. Era asombroso lo bien que la hizo sentir. José le dirigió otra mirada.

—Obtendré por usted un buen precio.

Lo único que obtendría era una indigestión aguda.

El bandido se dio la vuelta y se dirigió a sus hombres.

—Montad. Estamos desperdiciando el día.

Los hombres acataron sus órdenes, incluido el que estaba vestido de negro. Los ojos azules de éste se encontraron con los de Adelaide y ella le vio apretar los labios antes de darle la espalda, agarró las alforjas y las lanzó sobre el lomo del caballo con más brusquedad de la necesaria. Parecía como si estuviera profundamente irritado con ella. Como si fuera ella quien hubiera pedido a esos tres bandidos que forzaran la entrada de su casa e interrumpieran su lectura. Desde luego, los hombres eran criaturas odiosas.

Adelaide esperó a que alguien le dijera qué hacer, manteniendo la débil esperanza de que se olvidaran de ella con todo aquel ajetreo aun cuando la lógica le decía que no lo harían. A pesar de todo, no pudo contener un estremecimiento cuando el jefe volvió el caballo hacia ella. En las novelas que leía, ése era el momento en el que el héroe aparecía en su corcel, abriéndose camino a tiros, y los bandidos caían bajo el fragor de las balas.

La joven echó un vistazo alrededor. No había ningún héroe a la vista, sólo el polvo que levantaba el viento invernal y las lejanas montañas. Enderezó los hombros y alzó la barbilla. No iba a dejarse llevar por el miedo, no importaba lo repugnante que le resultara el pensamiento de tener que montar en el mismo caballo que aquel cerdo ni lo aterrada que estuviera interiormente. No pensaba perder el orgullo. Era muy difícil vivir sin él.

Otra montura se acercó a la del jefe cuando éste estaba apenas a tres metros. Era la del hombre de negro.

—La mujer montará conmigo.





José cubrió la culata de su revólver con la mano.

—No será necesario tal sacrificio, Billings.

Billings Blade le recorrió con la mirada mientras sacaba un sobre del bolsillo.

—Tener a una mujer hermosa entre los brazos no es ningún sacrificio.

—Entonces, ¿por qué iba a perderme yo ese placer?

Él abrió el papel.

—Porque si sus familiares vienen a rescatarla, vamos a tener que separarnos y seguirán a quien la lleve en su caballo. —Sacó un poco de tabaco del sobre—. No es inteligente perder a un buen jefe por una tía buena.

¿Una tía buena? Jamás se habían referido a Adelaide de esa manera. De hecho nunca había oído esa expresión. Era tan sorprendente como asquerosa.

El hombre ni siquiera la miró cuando ella contuvo el aliento y se sonrojó. Con eficientes movimientos, lió un cigarrillo y lo encendió con una cerilla. El acre olor a tabaco barato le hizo cosquillas en la nariz mientras él apagaba el fósforo con los dedos.

—Es decisión tuya.

José la miró a ella y luego a Billings. No apartó la mano del arma. La tensión se palpaba en el aire mientras el hombre de negro exhalaba el humo. La punta del cigarrillo brillaba rojiza. Adelaide metió la mano en el bolsillo, buscando inconscientemente su amuleto. No estaba allí. El brillo del cigarro se desvaneció; la tensión no. Ella frotó el grueso tejido de lana entre los dedos, pero no era lo mismo. No servía para que sus emociones recobraran el equilibrio.

El gélido viento había enfriado ya el calor de sus mejillas cuando José asintió con la cabeza y se subió al caballo.

—La mujer irá contigo.

Billings adelantó al alazán y le tendió la mano. Ella retrocedió, negando instintivamente con la cabeza.

—Puede ir montada en la silla o atravesada sobre ella. Usted elige.





No había más opciones y ella se obligó a aceptarlo. Al menos podía elegir sobre aquello: aunque iba contra su voluntad subir al caballo, tenía la opción de preferir cómo hacerlo. Era bueno tener un poco de control. Servía para no volverse loca. Tomó la mano del hombre, que la alzó con tanta rapidez que apenas le dio tiempo de levantar la pierna sobre el lomo del caballo. La falda se enredó alrededor de sus piernas mientras intentaba recuperar el equilibrio.

La joven tiró de la tela, sacándola bruscamente de debajo de los muslos para procurar cubrir la escandalosa porción de enaguas y pantorrillas que quedó a la vista. En el proceso le dio una patada al caballo, que dio un pequeño brinco. Adelaide se agarró a la cintura del hombre y sólo sintió duros músculos bajo las palmas. Él soltó una maldición y la miró por encima del hombro.

—¿Qué demonios hace?

Ella le clavó los dedos cuando el caballo dio otro brinco, pero se contoneó sobre la otra pierna, maniobra que acabó en otra patada que tuvo como consecuencia un movimiento más de aquel estúpido caballo.

—Tengo la falda enredada.

—Bueno, estése quieta. Está asustando a *Jehosephat*.

Ella volvió a tirar de la prenda y hubo otro brinco. Esta vez, el caballo corcoveó.

—*Jehosephat* necesita aprender modales.

—Ya tiene modales de sobra. Quédese quieta —gruñó Billings, controlando al caballo con un movimiento de riendas. Lo último lo dijo con una voz cavernosa que apenas se entendió, pero que resultó demasiado espeluznante para ser ignorada.

—No puedo. —Ella continuó tirando el tejido irremediablemente atrapado—. No es decente.

Él le deslizó la mirada por la pierna y luego la volvió a mirar por encima del hombro.

—Milady, enseñar un poco de pierna es la menor de sus preocupaciones —dijo curvando la boca en una mueca sardónica.

